

## EL PUEBLO VASCO Y SU JUVENILIDAD

**E. Freijo Balsebre**  
Euskal Herriko Unibertsitatea

*“... como un Hércules adolescente”*

M. de Unamuno

*A don Julio Caro Baroja, con admiración y afecto.*

La lectura de algunos discursos y artículos de Miguel de Unamuno sobre el Pueblo Vasco me ha sugerido el título y el contenido de la contribución que la Sociedad de Estudios Vascos - Eusko Ikaskuntza me ha solicitado con motivo del número que, como homenaje, quiere dedicar a don Julio Caro Baroja y al cual, con tanta complacencia, me dispongo a contribuir con las presentes consideraciones.

Esta contribución irá en la línea de mis últimos escritos, que podrían ser enmarcados dentro del epígrafe de aproximación a la Etnopsicología Dinámica, aplicada al estudio del Pueblo Vasco.

Pues bien, refiriéndonos a los escritos del primer Unamuno, llama hoy la atención que, entre otras cosas, éste califique de “raza joven” al Pueblo que, tan frecuentemente, oímos adjetivar como “el más antiguo de Europa”, de “milenario”, de raíces y lengua “pre-indoeuropeas”, etc. Es cierto que esta calificación de “joven” aplicada al Pueblo Vasco no es privativa del joven Unamuno y de su época post-romántica, también se le sigue aplicando hoy día cuando se habla, por ejemplo, de su gran vitalidad, de su espíritu de empresa y de lucha, de su independencia, de su gusto por la fiesta y el juego, etc. Por todo ello, el tema, aunque arriesgado, resulta también sugestivo y hasta apasionante.

Pero volvamos al joven Unamuno, que escribe al respecto, por ejemplo:

“...el genio vasco, pueblo juvenil en una civilización adulta, que convierte las ideas en fuerza, el pensamiento en lucha...” (1).

---

(1) UNAMUNO, M. de, *Espíritu de la raza vasca*. Obras completas, tomo IV, Escelicer, S.A., Madrid 1968, p. 155.

“...somos un pueblo antiguo en una vestidura moderna, con las ideas recibidas del adulto y el espíritu del joven...” (2).

“...pueblo joven en la civilización...” (3).

“...pueblo joven y, como tal, flexible...” (4).

“Entramos tarde en la cultura, y entramos en ella con todo el vigor de la juventud y con toda la cautela de una juventud tan lentamente elaborada, con timidez, bajo la audacia misma.” (5)

“...de esta felicidad secular arranca nuestra juventud, una juventud amasada durante siglos.” (6) ..., “et sic de caeteris”.

La razón de esta juventud del Pueblo Vasco la ve Unamuno en su condición arcaica y primitiva —“semi-bárbara”—, que se ha mantenido hasta épocas recientes. Testigo de la última guerra carlista y de la revolución industrial que protagoniza su Bilbao natal, encuentra en estos dos acontecimientos los últimos. condicionantes que introducen, por fin, al Pueblo Vasco en la civilización y en la historia. El Pueblo Vasco entra en ellas con el vigor y la agilidad de su juventud “lentamente elaborada” durante siglos.

Parecen encontrarse aquí asumidas las ideas de L. H. Morgan, dominantes a finales de siglo, sobre las etapas del desarrollo cultural e histórico de la Humanidad y de los pueblos, al igual que las teorías del evolucionismo lineal de la recién inaugurada ciencia antropológica. El Pueblo Vasco, que nunca habría superado del todo el período de la barbarie, acierta por fin llegar a la civilización, e irrumpe en ella con ímpetu y energía. Donde ha estado su máxima limitación cultural —en su condición “semi-bárbara”—, estará su máxima esperanza para el futuro: aquel primitivismo y arcaísmo, protegido por su paisaje y su idioma, le ha conservado joven... y, como joven, pleno también de generosidad, de energía y de espíritu de independencia y de lucha.

El Pueblo Vasco apenas si ha tenido historia y, en consecuencia, va a entrar tardíamente en la Historia. Ha sido un “pueblo mudo”: ha hablado más con los hechos que con las palabras: “que el pueblo vascongado, o vasco, o euscalduna... no ha tenido historia, y menos propia, durante siglos y siglos, y que en realidad ahora es cuando empieza a tenerla, parécenos evidente” (7). Cánovas había escrito: “si los pueblos sin historia son felices, felicísimos han sido los vascos durante siglos y siglos”. Esta afirmación sobre la felicidad secular de los vascos, que suscribía Unamuno en 1887, será por él mismo

---

(2) Ibidem, p. 157.

(3) Ibidem, p. 161.

(4) Ibidem, p. 171.

(5) UNAMUNO, M. de, *Mi raza*, id., p. 261, etiam, *Alma vasca*, O.C., tomo III, p. 1.259

(6) Ibidem, p. 1.258.

(7) UNAMUNO, M. de, *El pueblo vasco en la historia*, O.C., tomo IV, p. 265.

puesta en duda en 1918: "... pero que los pueblos sin historia sean felices no nos parece ya evidente. Esta es una doctrina jesuítica." (8).

Nos parece clara la "fantasía romántica" que está presente en la conciencia y hasta en el inconsciente de Unamuno cuando en 1887 pronuncia en la bilbaína sociedad "El Sitio" su conferencia sobre "El espíritu de la raza vasca", que me ha sugerido las presentes reflexiones. El Pueblo Vasco —arcaico, semi-bárbaro, sin historia, mudo, emprendedor, etc.— mantiene su adolescencia durante siglos y siglos, y ha sido feliz, conservado puro y noble, aunque luchador e impetuoso, en su tierra, protegido por sus montes, su lengua y... sus indomables e íntegras mujeres. Ha sido feliz: saltarán y bailarín, como lo describe Voltaire, derrochando sus sobrantes y juveniles energías motrices. Y, también, ha sido alegre; y en este punto Unamuno no empatiza con los personajes, más bien tristes, que describe su compatriota Pío Baroja: "...una alegría casera y recogida, y no pocas veces el estallido de gozo de la vida que desborda." (9).

Pero este Pueblo, libre e independiente, luchador y emprendedor, que no ha conocido más leyes que sus propias costumbres, etc., ha de aportar el ímpetu y la generosidad de su juventud, en el momento en que se ve requerido por la Historia y la Civilización; mirando al futuro y no cerrándose en sus "valvas", ni inventándose una pre-historia e historia que, si le han hecho, por otra parte desconoce y desconocerá. Ha de entrar con ímpetu y sin miedo —como sus grandes prototipos: Ignacio de Loyola, Elcano, etc.— en la civilización, ser educado por ella y aportar generosamente su sabia joven: "eman ta zabalzazu", repetirá hasta la saciedad con Iparraquirre.

Si el Pueblo Vasco no quiere ser dominado ni absorbido ha de dominar e imponerse: "si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que se os absorba, absorbed; todo menos cerrar las valvas y permanecer aislados" (10). Hay un reto de la Historia y de la Cultura que no hay más remedio que afrontar, aunque haya que renunciar a algo tan entrañable como el vascuence que "se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción" (11), por lo que, como es sabido, Unamuno, no con acertada profecía, recomienda: "enterrémosle santamente, con dignos funerales, embalsamado en ciencia" (12). También habrá que renunciar en parte, a su antigua idílica felicidad: la civilización y la cultura exigen su precio, imponen represión y renuncia, al menos parcial, del "principio del placer", capacidad de derivar la libido por los caminos de la sublimación, parece aconsejar Unamuno, como

---

(8) Ibidem, p. 266.

(9) UNAMUNO, M. de, *Alma vasca*, l.c., p. 1.262.

(10) UNAMUNO, M. de, *Discurso en los juegos florales celebrados en Bilbao el día 26 de agosto de 1901*, O.C., tomo IV, p. 244.

(11) Ibidem, p. 242.

(12) Ibidem, p. 243.

muchos años más tarde enunciaría S. Freud en el análisis psicodinámico de la civilización que hizo en su obra “El malestar de la cultura”. Cuando el adolescente se hace adulto ha de decir adiós a la felicidad de su infancia, para emprender tareas de más envergadura: ha de hacer surgir del niño que se fue la “vita nuova” culta y creadora, y esto no se logra sin “tormenta y agitación” —“Sturm und Drang”—. Esta es la encrucijada, entre el idílico mito arcaico y la utopía civilizada de su futuro, en la que se encontraba la joven “raza vasca” a finales del siglo XIX, según M. de Unamuno.

Pero esta encrucijada, vital, adolescente, comporta sus riesgos. El adolescente debe abandonar su infancia y salir a la “dura realidad” (S. Freud): ello conlleva, muchas veces, la dificultad en la adquisición de nuevos mecanismos de adaptación y, por ende, el riesgo de la locura, sobre todo si la crisis adolescente es súbita. Por entonces, E. Bleuler denominará a aquella “demenia precoz”. El adolescente debe afrontar una nueva prueba de “separatividad” y el “duelo” subsiguiente: para ello debe ensayar nuevas sublimaciones y poner a prueba los mecanismos defensivos de su Ego. Si éste es débil y aquéllos fallan correrá el riesgo de “pretender” regresar a su infancia en una especie de anhelo inútil de recuperación del “paraíso perdido” que, fácilmente, le llevará a la locura. Algo de esto ve Unamuno que pueda ocurrirle al joven Pueblo Vasco, cuando le reclama inexorablemente la nueva etapa de la Civilización y la Historia. Su interpretación de la “locura vasca” no tiene desperdicio: permítasenos una cita algo extensa:

“Todos sabéis que el País Vasco tiene fama de dar gran contingente de enfermedades mentales... Yo creo el hecho cierto y aventuro una explicación.

Si un hombre, por robusto que sea, tiene que recorrer en brevísimo tiempo un largo espacio, sean ocho leguas en cuatro horas, mientras otro, aunque más débil, tiene ocho horas, es claro que el más fuerte se fatigará más.”

“Cuando la adaptación al medio es lenta, la adaptación se cumple con más exquisita perfección que si es rápida. Los cambios bruscos perjudican al organismo... En el choque, unos resisten, otros padecen. Así sucede en el paso de los pueblos del estado primitivo semibárbaro al estado de cultura. Entre los negros salvajes y los esclavos la locura es caso raro, muy frecuente entre los libertos. Y es que su organismo, menos adaptado para la nueva vida, se resiente y sufre.”

“Somos, señores, un pueblo que hemos hecho en la mitad o en la tercera parte del tiempo un recorrido que los demás en la unidad de él: somos un pueblo recién nacido del prístino estado de naturaleza, ayer sin historia, hoy en ella, pueblo joven en la civilización. Y en este salto vigoroso... el choque existe y el organismo se resiente en

muchos. En todos veréis algo anormal, algo incoherente en las ideas, la tendencia a los extremos, la terquedad en la opinión y la locura colectiva que consiste en lanzarse al campo sin medir los riesgos, sin pesar las fuerzas. En este siglo hemos dado los vascos el mayor contingente a dos guerras que han sido dos actos de locura colectiva.” (13).

Ninguna descripción mejor, a nuestro entender, del síndrome parapsicopatológico colectivo de la adolescencia, que ésta que Unamuno aplica a la juventud de su propio pueblo.

Pero la juvenilidad del Pueblo Vasco no sólo tiene, para Unamuno, unas dimensiones históricas, culturales y lingüísticas, sino que tiene, también, una dimensión biológica y racial. Quien en su tesis de 1844, sobre “Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca”, se había referido ya a los estudios antropométricos y craneológicos de la misma, tres años después, dará la siguiente prueba de la juvenitud del pueblo vasco, que hoy nos puede resultar tan sorprendente como sugerente, pero que indica; según él, el que seamos “un pueblo primitivo recién salido de la tosquedad prístina, que acabamos de dejar por los encantos de la civilización los pechos de la naturaleza” (14):

“Hay un hecho, señores, que distingue grandemente a los salvajes y los pueblos primitivos de los avanzados en la cultura y que llevan la civilización en las venas. La diferencia de la capacidad relativa del cráneo de la mujer al del hombre es mayor en los pueblos civilizados que en los que no lo están; entre los salvajes, la mujer es tan inteligente como el hombre; entre los cultos, la diferenciación se ha operado y, mientras el hombre llega a la edad adulta, la mujer apenas pasa de la infancia.”

“No quiero fatigar vuestra atención con datos psicológicos, fisiológicos y étnicos que prueban este aserto. Voy a mi objetivo. Cuantos visitan el País Vasco están contestes en afirmar que aquí la mujer vale más que el hombre. Yo, que soy de esta raza, confieso que me gustan más mis paisanas que mis paisanos.”

“No creo que la mujer vasca sea más inteligente que el hombre, pero lo que sí creo es que, relativamente a lo que sucede en otras partes, está mucho más cerca de nosotros, que la civilización reciente aquí no ha podido aún obrar sobre ella y aislarla. ¡Ojalá no lo alcance, y siga a nuestro lado, mientras progresamos.” (15).

No es necesario ni oportuno, parece obvio, el cuestionar las tesis psicofisiológicas que sigue aquí Unamuno, por otra parte coherentes con la Antropo-

---

(13) UNAMUNO, M. de, *Espíritu de la raza vasca*, l.c., p. 161

(14) *Ibidem*, p. 159.

(15) *Ibidem*, pp. 159-160.

logía física y la Neurofisiología de la época. Más interesante será resaltar una importante percepción de fondo que se encuentra tras los párrafos unamunianos. Si, como veremos más adelante, el hombre es el animal de la juvenilización, y en ella está una de las claves biopsicológicas de su propia hominización, parece que aquélla se acusa más en el sexo femenino —más juvenil— que en el masculino. Esto es lo que parece que intuye y subraya el joven Unamuno cuando pretende describir biológica y psicológicamente a una raza y a un pueblo que, según él, acusa, de entre los demás, precisamente los rasgos juveniles.

En cualquier caso, la conclusión de Unamuno parece clara: la juvenilidad del pueblo vasco es histórica, cultural y hasta biológica... Pero también será psicológica.

En el discurso de aquel joven opositor a una cátedra de Psicología, que preferentemente nos está ocupando aquí, se pretende hacer una descripción psicológica del pueblo vasco. De nuevo, en ella, los rasgos juveniles aparecen en un primer plano. Trataremos en este momento de ser más concisos, para no dilatarnos demasiado en la exposición de unas ideas que nos van a sugerir, a un siglo de distancia, nuevas reflexiones sobre la “juvenilidad” del Pueblo Vasco.

Unamuno aborda la descripción psicológica del hombre vasco desde la división tripartita de las funciones psicológicas, característica de la Psicología de su tiempo: inteligencia, sentimiento y voluntad. Evidentemente, se mueve en el marco de una Psicología definida en relación con la *consciencia* y no ha de extrañar, en consecuencia, que no haya apenas referencia explícita a las dimensiones inconscientes de la personalidad. J. Breuer y S. Freud no habían publicado aún su primer trabajo psicoanalítico sobre la histeria (16).

En su descripción psicológica del hombre vasco es de resaltar, de nuevo, el retrato “galtoniano” juvenil que Unamuno nos da del psiquismo de aquél.

El pueblo vasco es inteligente. Con una inteligencia “media” de nivel muy aceptable comparada con la de otros pueblos; sin embargo, del nuestro no han surgido grandes portentos intelectuales. Ahora bien, la inteligencia del vasco, como su lengua, es “analítica, fría, prosaica” (17); “activa, práctica, enérgica” (18).

Otra cuestión es la “inteligencia sintética, creadora y artística, la imaginación” (19). En esta dimensión de la inteligencia, habría que afirmar que el

(16) La obra literaria de M. de UNAMUNO, al igual que la de otros escritores vascos, es una fuente inagotable para el conocimiento de la psicología dinámica del hombre vasco, especialmente sus novelas o “nivolas”.

(17) UNAMUNO, M. de, *Espíritu de la raza vasca*, l.c., p. 161.

(18) UNAMUNO, M. de, *Mi raza*, l.c., p. 262.

(19) UNAMUNO, M. de, *Espíritu de la raza vasca*, l.c., p. 161.

pueblo vasco no es imaginativo, por lo cual, salvo en música, no habría producido apenas nada en la esfera de la creación artística. De todas maneras, Unamuno matiza: “el vasco es pobre en imaginación artística, no en sentimiento” (20) por lo que tiene para aquella, *materia* sobrada —el sentimiento—, pero le falta la *forma*: la capacidad de abstraer, de expresar lo ideal.

El pueblo vasco es para Unamuno, por lo tanto, rico en “sentimientos”, Creo que merecerá la pena citar aquí la definición que da del “sentimiento”:

“El sentimiento es el instinto en el hombre, la acción lenta y gradual del medio en que vivimos, que produce esos movimientos sin idea, impulsos inconscientes que impelen, arrastran y empujan las ideas que nosotros, por ilusión de la conciencia, creemos son nuestras directoras.” (21).

Parecería que aquí Unamuno, más bien que de “sentimientos”, está hablando de “instintos”, de “impulsos”, que son incluso cualificados expresamente de “inconscientes”, que sólo ulteriormente “catectizarían” a las ideas formales o a las imágenes ideales creadoras. El pueblo vasco sería rico en estos “sentimientos” o impulsos inconscientes, pero pobre en las ideas formales y en las imágenes ideales.

De todo ello se sigue que los “sentimientos morales” del pueblo vasco sean ricos, pero primitivos e inocentes: “no tenemos la moralidad de la forma” (22)...; sus sentimientos sociales se refieren, primariamente, a un “sentimiento patrio” de campanario y, en principio, “su patria es Euscalerría”...; y sus sentimientos religiosos sean radicalmente “acción, lucha”, lejos de cualquier tipo de representación mitológica.

Pero, sobre todo, el pueblo vasco es el pueblo del obrar, de la voluntad y de la acción, rasgo ciertamente juvenil, puesto que para el psicólogo Unamuno la acción es más originaria que el sentimiento, y éste lo es más que la inteligencia e imaginación. He aquí un interesante texto esclarecedor:

“La religión es en nosotros más que idea, sentimiento; más que sentimiento, acción. Y es que en todos los pueblos primitivos, recién civilizados, la acción domina al sentimiento; éste a la idea.”

“Y paso a la actividad. En el cerebro, señores, de los pueblos salvajes y los primitivos pueblos, los centros motores están mucho más desarrollados que los directores.”

---

(20) Ibidem, p. 161.

(21) Ibidem, p. 165.

(22) Ibidem, p. 164.

“El pueblo vasco es un pueblo activo, fuerza, mucha fuerza, aunque le faltan ideas, porque en nosotros las ideas se truecan en fuerza.” (23).

Esta es, en síntesis, la fotografía galtoniana que hace Unamuno del pueblo vasco. Si dejamos a un lado, pues no se trata de ello, las peculiares afirmaciones sobre la génesis psicológica de la psicomotricidad, la impulsividad, la fantasía y la inteligencia, podríamos decir que, en términos psicoanalíticos, el “carácter” del pueblo vasco que nos describe Unamuno estaría dibujado de la siguiente manera: un Ello, donde bullen independientes instintos e impulsos que tratan de satisfacerse directamente a través de la psicomotricidad; un Yo, primigenio, recién nacido, inteligente y realista, frío y analítico, que trata de adaptarnos a las modificaciones del medio; un SuperYo y/o Ideal del Yo, rudimentario y prosaico, poco imaginativo como Ideal del Yo, pero también poco represivo como Super-Yo.

Unamuno concluye así su análisis del “alma” vasca:

“Resumen: el pueblo vasco es de escasa imaginación, de bien repartida inteligencia, de sentimientos viriles y primitivos, pero más que nada, pueblo de acción e independencia.” (24).

Sin duda alguna, Unamuno encontraba en el vasco la imagen de un pueblo juvenil, de “un Hércules adolescente”:

“Juan de Arzadun, un vasco típico, un bermeano que conoce a aquellos hijos del mar, nos habla en uno de sus admirables relatos del aldeano vasco, lleno de insuperable timidez y sonriendo siempre, fuerte y bonachón, como un Hércules adolescente” (25).

## II

A un siglo de distancia desde que el joven Miguel de Unamuno pronunciara en su Bilbao natal su conferencia sobre “El espíritu de la raza vasca”, y a medio siglo de distancia desde que el anciano Miguel de Unamuno, cansado del duro bregar, falleciera en su entrañable Salamanca, su recorrido intelectual por el tema de la juventud del Pueblo Vasco deviene en invitación a continuar la andadura por el sugestivo tema, recorriendo distintos y nuevos derroteros.

Los biólogos del siglo XX han venido insistiendo en el carácter juvenil, “fetalizado”, del animal humano, como clave biológica de su propia hominización y de su exigüidad cultural.

---

(23) Ibidem, p. 170.

(24) Ibidem, p. 173.

(25) UNAMUNO, M. de, *Mi raza*, l.c., p. 261.

En la hominización se daría una especie de inversión del proceso de la evolución biológica: un “salto cualitativo” decisivo que, una vez más, sitúa a aquélla en un nuevo y original punto de partida. Veamos sus características:

a) El animal humano es un ser “prematureo”: nace, relativamente, antes de tiempo, posiblemente como resultado evolutivo de la adquisición de una posición erecta y del relativo agrandamiento de su cráneo.

Como consecuencia de ésta su prematuridad, estaría deficitariamente armado, desde el punto de vista biológico, para su sobrevivencia: no cuenta con el suficiente repertorio instintual que le permita una adecuada conducta adaptativa a las exigencias de su medio. El infante humano es un ser biológicamente “en precario”, es un ser más bien inviable, una especie de “monstruo biológico”.

b) De aquí que precise, al nacer, de una nueva “gestación extrauterina” (A. Montagu); que sea, en el fondo, un animal “biuterino” (J. Rof Carballo), que necesita ser acogido por un nuevo útero afectivo, para poder sobrevivir, crecer y desarrollarse. Un original “cordón umbilical” afectivo le sigue religando todavía a la madre.

c) Si, en consecuencia, el cerebro humano sólo madura después del nacimiento, su “troquelado”, la adquisición de las pautas adaptativas de comportamiento serán el resultado de un modelado, de una impregnación cultural, de un “aprendizaje/introyección”, para lo que resultarán decisivos los primeros años de la vida.

d) De esta manera, el animal humano no sólo es el ser de la “familiarización”, sino también el de la “socialización”. La familia —en primer lugar, la madre; luego, el padre— es la bisagra mediadora entre el individuo y la sociedad y su cultura. La cultura deviene, por consiguiente, en exigencia de la naturaleza. Digámoslo de otra manera: el ser humano es exigitiva y naturalmente cultural.

e) La prolongación de la infancia y, también, de la adolescencia del hombre hace, en el sentir de E. A. Hooton, que “sea necesario agregar la atención del padre a la de la madre si se quiere perpetuar la especie”. Con ello, “se trata de uno de los triunfos culturales del hombre sobre su naturaleza biológica” (26).

f) Pero el desarrollo ontogenético humano presenta otra característica decisiva: su “fetalización”, es decir, la conservación en el adulto de rasgos fetales, juveniles. Este pedomorfismo es “ley” evolutiva del desarrollo humano y le supone una apertura a inéditas posibilidades. De aquí que el hombre, por su juvenilización, parezca “un feto de primate que ha alcanzado la madurez sexual” (L. Bolk); sea, para R. Goldschmidt, un “monstruo biológico cargado de promesas”.

---

(26) HOOTON, E.A., *Up from the Ape*, N.Y., 1946, p. 266.

Las anteriores consideraciones biológicas han sido el fundamento sobre el cual el gran pionero de la Antropología psicoanalítica, Geza Roheim, ha desarrollado sus originales y sugestivas ideas.

Frente a las opiniones de su tiempo en Antropología Cultural, desarrolladas especialmente por las escuelas norteamericanas, a partir de las posiciones metodológicas de F. Boass y de los que fueron representantes en antropología psicoanalítica: E. Fromm, M. Mead, A. Kardiner, etc., G. Roheim afirmó tajantemente la unidad de la especie humana y, desde el punto de vista psicoanalítico, defendió, como S. Freud, la universalidad del Complejo de Edipo, en oposición a las interpretaciones que sobre la misma se habían hecho a partir de los trabajos de campo de B. Malinowski. Para ello se apoyó en los supuestos biológicos sobre la fetalización y juvenilización del ser humano, desarrollados a partir de la obra de L. Bolk, y a los que nos hemos referido más arriba. En definitiva, G. Roheim defendía el biologicismo e instintivismo de S. Freud, frente al “revisiónismo culturalista” de M. Mead y demás; al siglo XIX, frente al siglo XX.

Por todo ello, G. Roheim llegó a una serie de afirmaciones psicodinámicamente decisivas, en la línea de una “ortodoxia” freudiana que, por otra parte, engarzaba con la tradición de la escuela húngara de S. Ferenczi, con el cual se había formado y psicoanalizado. Resumamos los puntos de vista roheimianos:

a) El animal humano, precisamente por su fertilización y juvenilización, se destaca del resto de los animales por la libidinización difusa de la totalidad de su organismo.

b) El hombre vendría, por tanto, al mundo con un “plus” de erotismo, debido precisamente a su radical indigencia biológica. Este “plus” de erotismo fue significado por S. Freud a través de sus conceptos sobre las variadas fuentes orgánicas de la sexualidad y de “la perversidad infantil polimorfa”.

c) Este “plus” de erotismo implica la constitutiva necesidad de la autorrepresión “primaria” de las exuberantes pulsiones eróticas y sus exigencias, que G. Roheim, siguiendo a S. Freud, defiende frente a las primarias concepciones “culturalistas” de O. Fenichel y de la escuela del psicoanálisis social de E. Fromm, etc. De aquí que G. Roheim hable de la radical “actitud antisexual de todos los seres humanos”.

d) En consecuencia, para G. Roheim, el animal humano, el “monstruo cargado de promesas” de R. Goldschmidt, se traduce, en lenguaje psicoanalítico, por la siguiente fórmula roheimiana: “el niño es ya genital, y el adulto es oral”. En la persistencia de la “oralidad” en el adulto humano se encuentra el reflejo psicodinámico de su juvenilización y fetalización biológicas, clave de su hominización, socialización y culturalización.

e) De aquí que G. Roheim afirme que el ser humano, por su constitutiva y permanente oralidad, esto es, por su aspecto y psicodinamia “juvenil”,

sea el ser impelido a la constante “búsqueda de relaciones de objeto”, como se manifestaría en los ritos de transición y en los juegos infantiles. Y que la “regresión” a fases primigenias de la organización de la libido, no sólo sea la condición de la locura —como lo es en buena ortodoxia psicoanalítica—, sino también el mecanismo de todo posible progreso —regresión/progresión, como vio también C. G. Jung—, como han afirmado igualmente los psicólogos más representativos del Análisis del Yo y de la Antipsiquiatría. El conflicto radical del ser humano sería el de la “separatividad”, como señalara O. Rank, y el deseo primordial del hombre se encontraría velado tras “la fantasía de regresión a la etapa intrauterina”, como afirmaba S. Ferenczi.

f) Igualmente dependerían del hecho de la juvenilización/oralización del hombre su originaria tendencia a la ambivalencia/neurotismo; al igual que el “conservadurismo” como raíz de su propio desenvolvimiento y progreso y, en consecuencia, la persistencia de las figuras paternas o Ideales del Yo: “inmortalidad de los padres”.

g) En resumen, para G. Roheim, la clave psicodinámica de la hominización está en la tendencia a la persistencia de la “fetalización/oralización”, lo que, en términos psicoanalíticos, se traduciría, nos atrevemos a afirmar, en que el problema de la “separatividad” de la madre ocasiona el primer y fundamental conflicto entre el “plus” de erotismo y la “represión originaria”:

“... la existencia postuterina inmediata del recién nacido es una fase traumática de la vida” (27).

En un segundo momento, por su propia indigencia, el pequeño infante habrá de socializarse en el contexto de la relación triangular edipiana:

“Observamos que la infancia prolongada del niño y el instinto paterno de la madre son, en la vida del individuo, la primera situación “cultural” y la primera situación “social”. Como un varón adulto está asociado inevitablemente con la madre, la situación edípica es el segundo paso en la evolución del individuo.” (28).

h) Coherentemente con lo hasta aquí expuesto, no nos puede extrañar que taxativamente G. Roheim afirme:

“La organización oral es... algo que nunca desaparece del todo. En realidad... reconocemos en ella el factor básico de la cultura.” (29).

---

(27) ROHEIM, G., *Psicoanálisis y antropología*, Ed. Suramericana, S.A. Buenos Aires 1973, p. 571.

(28) *Ibidem*, p. 577. El subrayado es mío.

(29) *Ibidem*, p. 553.

Tampoco puede extrañar que el mismo G. Roheim, reflexionando sobre sus experiencias y trabajos de campo entre los pueblos australianos, llegue a afirmar:

“Siempre pensé que los australianos son más primitivos (más genitales, menos orales, menos retrasados) psicológicamente que otros grupos humanos...” (30).

Por supuesto, nadie menos sospechoso de racismo o de etnocentrismo nacionalista que este pionero de la antropología psicoanalítica, genuino representante de la “izquierda freudiana”, como lo califica P. A. Robinson (31), que en ambientes más hostiles y poco propicios defendió la “unidad de la humanidad” a través de la “universalidad del Complejo de Edipo”.

A mi entender, quien mejor ha recogido la experiencia, la reflexión y las conclusiones de G. Roheim ha sido H. Marcuse. Creo que tiene razón P. A. Robinson cuando afirma que ello representa “el momento más original del libro de Marcuse” (32). El libro de H. Marcuse es “Eros y civilización”, y el momento más original de él, en el sentir de P. A. Robinson, es el referente a la “pre-genitalidad”, a “los impulsos sexuales secundarios o parciales” y su función cultural y política.

En la lectura que hace H. Marcuse de la obra “El malestar en la Cultura” de S. Freud, aquél establece unas reflexiones culturales importantísimas. H. Marcuse parte, es cierto, como S. Freud y G. Roheim, de la inevitabilidad biológica constitutiva de la “represión” sexual como factor de hominización y culturalización. Sus consideraciones son semejantes a las de G. Roheim frente al “revisiónismo” culturalista, especialmente de E. Fromm. Pero la sociedad “dominadora”, especialmente la “capitalista”, ha añadido una “represión sobrante” de la libido, transformando así el “principio de realidad” en “principio de actuación” o eficacia.

Todo esto, desde el punto de vista psicodinámico, ha sido históricamente posible por la exacerbación y tiranía de la organización genital de la libido, en deterioro de los componentes pre-genitales de la misma. Se trata de la “tiranía de la genitalidad”:

“... el proceso unificador es represivo, esto es: los instintos parciales (pregenitales) no se desarrollan libremente dentro de un “más alto” nivel de gratificación que preserve sus objetivos, sino que son mutilados y reducidos a funciones subalternas. Este proceso logra la desexualización del cuerpo socialmente necesaria: la libido llega a estar

---

(30) Ibidem, p. 553.

(31) ROBINSON, P.A., *La izquierda freudiana*, Granica Editor, 1.ª edic. Barcelona, 1977.

(32) Ibidem, p. 169.

concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando así todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo.” (33).

En consecuencia, H. Marcuse cree que solamente una “regresión” y consecutiva reactivación de las pulsiones libidinales pre-genitales puede ser el camino para la liberación del “principio del placer” sobrerreprimido, suprimir la “represión sobrante”, superar la situación de “tiranía de la genitalidad” expresado en el Complejo de Edipo históricamente dado, y avanzar, en consecuencia, hacia una Sociedad nueva, no represiva.

De nuevo estamos aquí ante la “regresión” y el “conservadurismo” revolucionario de G. Roheim. Sólo regresando al fondo juvenil, de la pregenitalidad y la oralidad, de lo “perverso polimorfo”, de la erotización original y generalizada de la totalidad del organismo, se podrá alcanzar un punto de partida renovador y revolucionario, que pueda superar una sociedad dominada por la sobrerrepresión, por el principio de actuación y eficacia, por el dominio del “padre castrador” y la tiranía de la genitalidad.

Sólo la “dialección” del doble movimiento regresión/progresión puede conducir a un mundo nuevo. La reactivación libidinal de las pulsiones pre-genitales podrá, en un primer momento, amenazar con deestructurar las relaciones libidinales —y agresivas— sociales; pero, posteriormente, la pregenitalidad reactivada, con sus cargas libidinales, sus catexias creativas de su propia fantasía..., avanzará hacia una nueva organización libidinal y social de los hombres, en la que la dominación y la tiranía sean sustituidas por la cooperación y el juego. Una sociedad erótico-estética, lúdica, en la que no haya dominación de la libido genital sobre la pre-genital, superado el sistema dominador y represivo, y en la que se abrirá el camino para una “sublimación libre”, una “auto-sublimación” de las pulsiones pre-genitales, originarias y placenteras del juvenil ser humano. Sería, para H. Marcuse, el mundo utópico, lúdico, juvenil, erótico-estético de los adolescentes Orfeo y Narciso.

### III

Hemos partido de los textos del joven Unamuno sobre la “juventud” del Pueblo Vasco y hemos, después, realizado un breve recorrido a través de las teorías psicodinámicas y culturales roheimianas y marcusianas sobre la juvenilización y la pregenitalidad del animal humano.

Unamuno afirmaba que el Pueblo Vasco era “joven” porque, habiéndose conservado primitivo, “semi-bárbaro”, a través de su periplo existencial en su tierra, sin apenas historia, emergía con toda su fuerza juvenil de “Hércules adolescente”, al mundo más adulto de la Civilización y de la Historia.

---

(33) MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Ed. J. Mortiz, 1.ª Ed., México 1965, p. 63.

Ya señalábamos anteriormente cómo, a nuestro entender, jugaban en esta percepción unamuniana sobre el Pueblo Vasco y su “juvenilidad” las ideas sobre las etapas de la evolución social y cultural de L. H. Morgan y las teorías evolucionistas de la Antropología de su tiempo. Será el marco científico-ideológico de la época quien condicionará inexorablemente la percepción, la interpretación y la expresión lingüística.

Pero nosotros partimos de la percepción unamuniana para proseguir un discurso distinto, puesto que pensamos, con los biólogos más actuales y con G. Roheim, que no sólo es la ontogenia la que crea a la filogenia, sino que también ésta crea a la ontogenia.

No es, obviamente, nuestro interés desmontar la ficha galtoniana que hace Unamuno sobre “el espíritu de la raza vasca” en su hermosa conferencia de la Sociedad “El Sitio”, hace ahora un siglo. Es claro que, desde entonces, por una parte, la Psicología Social y la Antropología psicológica han evolucionado mucho en sus técnicas, métodos y teorías. Y que, por otra parte, son muchos los estudiosos e investigadores de dentro y de fuera del País que han tratado, desde las más variadas esferas del saber y de la ciencia, de acercarse a la comprensión del Pueblo Vasco.

Se viene escribiendo sobre la “oralidad” del Pueblo Vasco y nosotros nos hemos ocupado también recientemente de esta cuestión. Creo que las consideraciones que anteceden pueden arrojar alguna luz sobre el problema y su significación para la comprensión de la psicodinamia del hombre vasco.

Desde un punto de vista freudiano, el problema de la “oralidad” debe de ser contextualizado dentro de la teoría psicoanalítica sobre “el carácter”. Pues bien, frente a lo que frecuentemente se supone y se viene afirmando, explícita o implícitamente, el “carácter oral” —ni, en general, el “carácter pre-genital”— implica para S. Freud ningún tipo de inmadurez “per se”, de “minus” de desarrollo, ni en el individuo humano, ni en los pueblos que, colectivamente, puedan ser incluidos en él o en alguno de ellos.

Para S. Freud, el carácter se forma —dejando a un lado el inmodificable factor constitucional— a partir de las mismas fuerzas pulsionales que intervienen, por ejemplo, en la formación de las neurosis. Varía, sin embargo, en ambos casos el interjuego de los mecanismos psicoplásticos, lo que conduce a resultados opuestos. Es decir, de la misma manera que habrá neurosis narcisistas (orales o anales), fálico-genitales..., habrá caracteres orales, anales o fálico-genitales.

En la neurosis —que no viene a ser sino la desviación hacia el lado patológico y asocial del proceso de la formación del carácter—, nos encontraremos, principalmente, ante el fracaso de las represiones, dando lugar a una desafortunada integración de las pulsiones parciales pre-genitales y genitales; sexuales o agresivas. El retorno neurótico de lo reprimido completará el

cuadro psicodinámico. En el proceso de la formación del carácter no se darán, como es obvio, los mecanismos neuróticos psicoplásticos; sin embargo, jugarán, por el contrario, exitosos procesos reactivos y sublimaciones del Yo:

“En el terreno del desarrollo del carácter hallamos las mismas energías instintivas cuya actuación descubrimos en las neurosis... En el carácter falta algo peculiar, en cambio, al mecanismo de las neurosis: el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido. En la formación del carácter, la represión, o no interviene para nada, o alcanza por completo su fin de sustituir lo reprimido por productos de reacción o sublimaciones.” (34).

Ahora bien, para S. Freud, en la formación del carácter “sano” —como en la del carácter “neurótico”, según acabamos de ver— juegan un papel fundamental las pulsiones parciales polimorfas, con su extraordinaria plasticidad, que son de decisiva importancia en la organización libidinal —y agresiva— de los primeros años de la vida. Una correcta orientación y desarrollo de estas pulsiones, siempre presentes y dinámicas en el “aparato psíquico” —aunque con redistribución económica distinta según los tipos de los caracteres—, será el origen de las más elevadas virtudes, de los mejores rasgos de carácter, que provendrán, en consecuencia, de acertadas reacciones del Yo y de exitosas sublimaciones:

El psicoanálisis “también puede enseñar cuán valiosas aportaciones proporcionan estos instintos perversos y asociales del niño a la formación del carácter cuando no sucumben a la represión, sino que son desviados, por medio del proceso llamado sublimación, de sus fines primitivos y dirigidos a otros más valiosos. Nuestras mejores virtudes han nacido, en calidad de reacciones y sublimaciones, sobre el terreno de las peores disposiciones. La educación debería guardarse cuidadosamente de cegar estas preciosas fuentes de energía y limitarse a impulsar aquellos procesos por medio de los cuales son dirigidas tales energías por buenos caminos” (35).

Sin duda, los desarrollos anteriormente señalados, realizados primeramente por G. Roheim y, posteriormente, por H. Marcuse, desenvuelven estas afirmaciones freudianas sobre la trascendencia de las pulsiones parciales polimorfas en la formación del carácter, aunque creemos que el discurso de aquellos autores apunta a consideraciones de mayor alcance.

Por todo lo dicho, nos parece que cuando se habla del carácter “oral” del vasco —como de otros pueblos que pueden presentar una similar organización

---

(34) FREUD, S., *La disposición a la neurosis obsesiva*, Obras Completas, tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1967, p. 993.

(35) FREUD, S., *El múltiple interés del psicoanálisis*, O.C., tomo II, p. 980.

psicodinámica caracterial— se pueden cometer graves errores de apreciación y de interpretación. Por ejemplo: se puede pensar, superficialmente, en una supuesta inmadurez psicosexual —y psicoagresiva— del vasco, como consecuencia de una falta de desarrollo pulsional, de “fijaciones” o estancamientos en pulsiones arcaicas que habrían impedido un ulterior desarrollo hacia la adquisición de la primacía de la genitalidad, en cuyo dominio absoluto estaría la verdadera plenitud, madurez y salud pulsional. Aquí habría, al menos para H. Marcuse, una encubierta “ideología psicodinámica”, productivista y consumista.

Pero esta manera de enfocar el problema está presente en muchas de las consideraciones que se han hecho a propósito de la supuesta “oralidad” del vasco, de su fijación incestuosa materna, de su vivencia de la “separatividad”, etc. Pensamos que esta forma de acercarse a la comprensión psicodinámica de este peculiar pueblo vasco puede estar inspirada, más bien, en los análisis que sobre el carácter y su maduración llevó a cabo E. Fromm en función de la “productividad”, y que fue duramente criticado por H. Marcuse.

Sin embargo, el punto de arranque del que partió S. Freud no creemos que haya sido éste. Es cierto que S. Freud entendía que el recto desarrollo de las pulsiones pre-genitales debería conducir a la integración de las mismas bajo la primacía de la genitalidad. Ello, sin embargo, no había de implicar el que aquellas pulsiones polimorfos hubieran de desaparecer como resultado de un desarrollo orgánico lineal. Las pulsiones parciales, en el ser humano, no pueden desaparecer nunca y, rectamente sublimadas, han de dar origen a los más altos rasgos de carácter, a las “mejores virtudes”.

G. Roheim y H. Marcuse fueron más allá que S. Freud. Este último denunció la “represión sobrante” que sobre las pulsiones parciales “juveniles” ejercía el “principio de actuación” en que se había convertido el freudiano “principio de la realidad” por mor de la “tiranía” de la genitalidad, que explotaba las pulsiones parciales orientándolas a la productividad, especialmente en la sociedad industrial capitalista y consumista.

En un interesante artículo de E. Borneman, incluido por A. Ortiz Osés en su importante libro “Antropología simbólica vasca”, aquél insiste igualmente en la relevante significación psicodinámica de los problemas de la pre-genitalidad. Aunque la lectura que E. Borneman hace sobre el concepto freudiano de la “primacía de la genitalidad” nos parece, quizá, poco matizada, sí que creemos, con éste, necesario “reestudiar... el concepto freudiano de la fase polimorfa, especialmente en su caracterización como “polimorfa-perversa” (36).

Por lo que llevamos dicho, no nos parecen acertadas ni correctas ciertas afirmaciones que suelen hacerse sobre una pretendida inmadurez sexual,

---

(36) BORNEMAN, E., *La fase primigenia*; en ORTIZ OSES, A., *Antropología simbólica vasca*, Anthropos Ed. del Hombre, Barcelona 1985, p. 79.

exceso de represiones, graves conflictos incestuosos y edipianos no resueltos, homosexualidad latente de sus varones, frigidez de sus mujeres, etc., referidas a los vascos, más o menos, como presuntas consecuencias de un estancamiento en la “oralidad” y, por ende, falta de suficiente desarrollo psicosexual. El vasco no es ningún neurótico sexual, ni ningún medio loco necesitado de psiquiatra..., porque tenga preferentemente un carácter oral, si es que lo tiene, como parece ser que es así. Estas aberraciones interpretativas de la psicodinámica del carácter están en abierta contradicción con las ideas psicoanalíticas de S. Freud —para quien el carácter es precisamente todo lo contrario, el “negativo”, de la neurosis— y para los más serios autores que se han ocupado de los problemas etnodinámicos de la “pregenitalidad” y de las fases “pre-edípicas”.

Nosotros vemos en el vasco a un pueblo psicodinámicamente joven, como hemos venido analizando. El Pueblo Vasco es “joven” porque en la estructura “oral” (y hasta “pre-oral”, que diría E. Borneman; dejemos de momento esta importante cuestión) de la distribución psicodinámica de sus pulsiones polimorfas mantendría su “juvenilización”, como raíz y fuente de una futura “filogenia étnica” progresiva, en el sentido de G. Roheim. El vasco se muestra, entonces, no como un pueblo primitivo, a pesar de ser “el más antiguo de Europa”, sino precisamente como un pueblo joven, puesto que no ha sucumbido a la “tiranía de la genitalidad”. Estaría, como el juvenilizado animal humano, cargado de promesas de futuro...; aunque, también como aquél, corriendo los riesgos psicodinámicos, eso sí, de su propia juventud.

Consecuentemente, no creemos que los problemas psicodinámicos del vasco, y sus reflejos sociales, políticos, morales y culturales, puedan entenderse suficientemente desde las categorías edipianas, como parece afirmar J. Aranzadi. Este autor interpreta el calificado por el de “milenarismo nacionalista” como “el resultado de la imposibilidad del pueblo vasco de saldar ‘normalmente’ su ‘Edipo colectivo’, como una generalización del anhelo de retorno a la Madre-Tierra que caracterizaba la ‘pauta del segundón’, como un colectivo deseo de incesto que se manifiesta como persecución del matriarcado” (37).

A este propósito, J. Azcona ha señalado recientemente, a nuestro juicio de manera acertada, que “milenarista, mitológico y utópico, pienso que ni el nacionalismo vasco ni su deseo de retorno son reductibles a los puros datos históricos y científico-positivos, ni tampoco a la incidencia de un hecho socio-cultural, “la pauta del segundón” (38).

También nosotros, desde nuestro propio terreno de intereses, hemos escrito últimamente: “... el estudio de los pueblos no puede hacerse ni en Antropología ni en Sociología ni en Historia, etc., solamente desde los condi-

---

(37) ARANZADI, J., *Milenarismo vasco*, Taurus Ediciones, S.A. Madrid 1982, p. 531.

(38) AZCONA, J., *Etnia y nacionalismo vasco*, Anthropos Ed. del Hombre, Barcelona 1984, p. 167.

cionamientos y vicisitudes económicas y sociológicas que enmarcan su aventura histórica..., es necesario también el análisis psicológico profundo” (39).

La comprensión psicodinámica del Pueblo Vasco nos remite preferentemente a situaciones y estructuraciones pre-edípicas. Las investigaciones más serias llevadas hasta el momento parecen señalar este camino. El “carácter oral” se forja sobre la base de las primarias fijaciones orales, previas a la constitución de la relación edípica. La “identificación materna” es el más originario de los vínculos constituyentes de la personalidad; el conflicto de separatividad es el primer conflicto humano, la primera “angustia existencial”, como viera ya O. Rank; y hasta habría que hablar incluso de “pre-oralidad” como hace E. Borneman, inspirado, tal vez, por la escuela psicoanalítica húngara:

“... frente a la ‘fijación genital’ y al dominio de un Super Yo, Yo y del Ello, aparece una psique que refleja una sociedad sin clases ni división de trabajo, ofreciendo la primacía de lo cutáneo, una erótica difuso-difusiva y una psicología estructurada más sobre el modelo de *correlación madre-hijo* que sobre el de la lucha hombre-mujer. Al no existir aún la barrera del Complejo de Edipo...” (40).

Coincidiendo con estos puntos de vista, nosotros hemos señalado, en otra ocasión en que nos ocupamos, igualmente, de la psicodinamia del “alma” vasca:

“A. Balint, destacando el papel activo del bebé humano, hablará de una relación objetal ‘arcaica’ para referirse a la primaria vinculación del niño con su madre. Esta primaria relación objetal retrotraería el problema de los orígenes del Yo y de la relación de objeto, al menos, a los primeros meses de la existencia, habría que decir, a los primeros periodos ‘orales’. Pero M. Balint añade, por su parte, que esta vinculación primaria, esta primaria relación objetal, no está ligada a ninguna de las clásicas ‘zonas erógenas’ de la organización de la libido de la conocida teoría sobre la evolución de la sexualidad, ni siquiera a las mucosas orales y a la función de la alimentación.” (41).

En fin, creo que son los marcos teóricos de la “oralidad”, y hasta de la “pre-oralidad”, los que nos pueden conducir a una mejor comprensión del “carácter” vasco y de su “juventud”. G. Roheim, el gran teórico de la

---

(39) FREIJO, E., *Consideraciones psicodinámicas sobre la identidad vasca*, IV Cursos de verano en San Sebastián, U.P.V. / E.H.U., en prensa.

(40) BORNEMAN, E., *La fase primigenia*, l. c., p. 81.

(41) FREIJO, E., *Sobre la psicodinamia del alma vasca*; en REDONDO, R., *El Rorschach y los vascos*, Servicio Editorial U.P.V. / E.H.U., Bilbao 1983, p. 19.

juvenilización del ser humano, veía precisamente en la oralidad una de las claves fundamentales de la hominización. Pero ello implicaba una serie de consecuencias: problemas de separatividad y perpetua búsqueda de nuevos objetos; anhelo del “paraíso perdido” o deseo de “vuelta al seno materno”; tendencia a la “regresión” y, en consecuencia, riesgo de neuroticismo, al mismo tiempo que nuevas posibilidades de “progresión”, de alcanzar más altas cotas de hominización y cultura; conflictos de ambivalencia, de dependencia/independencia; “conservadurismo” y “eternidad” de los padres, etc. Es tentador ver, en estos rasgos roheimianos de la juvenilización, posibles motivaciones inconscientes de muchas de las manifestaciones, alabadas o vituperadas, del pueblo vasco...; hipotéticas raíces psicodinámicas de sus mitos y de sus utopías y, en la bisagra de ambos, de su simbología, como quizás dijera A. Ortiz Osés.

Mucho habrá que seguir investigando y estudiando para desvelar el misterio de este pequeño —viejo y joven, a la vez— pueblo europeo. Sólo nos queda esperar y desear que éste, sin dejar de ser él mismo, sin que se aliene o permita que se le aliene de sí mismo, logre, de cara a su futuro, aquellas lúcidas reacciones y sublimaciones que le permitan progresar, manteniéndose joven, en su peculiar filogenia histórica, junto a los demás pueblos del mundo.